

LA CATEQUESIS EN ESPAÑA:
PERSPECTIVAS Y RETOS DEL FUTURO.
Yo ante Dios

Publicado en:
“Teología y Catequesis”,
101-102 (2007), 297-306

En esta breve comunicación, no pretendo una visión completa de la catequesis, de su naturaleza o de sus elementos constitutivos, ni una descripción detallada de cómo llevar hoy a cabo la catequesis. Desde ahora digo que me fijaré en un único punto y por eso declaro ya la parcialidad de mi reflexión.

Una primera delimitación del tema que se me ha propuesto: la reflexión que intento tiene como marco la catequesis de iniciación. Aunque estoy convencido de que los principios de esta reflexión son básicos para toda catequesis y, más aún, para cualquier proceso educativo.

El punto que expongo a vuestra consideración es el siguiente: el acto de fe, la profesión de fe, al cual sirve la catequesis de iniciación, es un acto personal del hombre que se encuentra ante Dios. Y la catequesis tiene como primer objetivo servir a este encuentro personal.

La primera precisión es que al hablar de Dios no hablo de la imagen que un hombre, una religión o una escuela de pensamiento, puede tener de Dios. No hablo de conceptos, ideas o palabras, sino del Dios vivo, tal como se ha revelado en la historia y sale al encuentro de los hombres en la vida de la Iglesia; es decir, de la Santa y Única Trinidad, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Según eso, el acto de fe es un **acto** personal de quien se encuentra ante Cristo. Y la catequesis tiene como fin servir a este encuentro.

Tras esta primera precisión aparecen dos presupuestos que ahora sólo apunto. Primero: el cristianismo es Cristo. Segundo: la vida cristiana es la compañía y el seguimiento de Cristo, o lo que es lo mismo, el desarrollo personal de un encuentro, de una amistad, de un amor definitivo. Y porque toda la vida cristiana es desarrollo de un

sólo principio básico, del acto de fe inicial, lo que ahora expongo respecto a la catequesis de iniciación es un principio básico para toda catequesis.

Hecha la primera precisión y aclarados dos presupuesto fundamentales, centremos la atención en estas palabras: la fe es un acto personal del hombre que se encuentra ante Dios. Quiero subrayar que la fe es un acto de la libertad. De la libertad de un hombre que es requerida por el ejercicio de otra libertad, la de Dios. Dicho de otra forma: se trata de la libertad de un hombre que se encuentra ante la iniciativa de Cristo, que le sale al encuentro en su Iglesia.

En esta afirmación hay varios elementos que expondremos con brevedad: Primero, cómo Cristo se hace presente al hombre, si objetivamente o sólo subjetivamente. En segundo lugar, habría que describir cómo es la acción por la que Cristo requiere la libertad del hombre concreto. El tercer elemento sería precisar que al decir que la fe es un acto personal, no se ha de olvidar que es, en primer lugar, “un don de Dios” -Lo que queda en parte apuntado al decir que se da cuando la libertad de la persona es requerida por la iniciativa de Dios-. Por último, es necesario entender que acto personal significa acto libre, acto de la voluntad y de la inteligencia, y también acto meritorio.

Vayamos punto por punto.

Sabemos que la misión que Cristo dio a la Iglesia sólo puede llevarse a cabo porque él mismo vive en ella. Y que la Iglesia evangeliza, esto es, lleva al hombre a la comunión con Cristo, en su vida ordinaria: por el testimonio de su caridad, por el anuncio del Evangelio, por su acción santificadora. Pero el problema que se nos plantea desde hace años y resulta cada vez más grave es el que ya identificó el cardenal Ratzinger: “*Gran parte de la humanidad de hoy no encuentra en la evangelización permanente de la Iglesia el Evangelio, es decir, la respuesta convincente a la pregunta: ¿cómo vivir?*”¹. Es decir, muchos hombres no ven a Cristo, y, por lo tanto, su libertad no es impelida a responderle. Nosotros les decimos: “Ven, mira y escucha”, pero ellos ni ven ni oyen.

Sabemos que si eso ocurre no es porque Cristo haya abandonado a la Iglesia: “*Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo*” (Mt 28,20). Sabemos que la acción

¹ Joseph Ratzinger; “*La nueva Evangelización*”. Conferencia pronunciada en el Congreso de catequistas y profesores de Religión (Roma, 10 de Diciembre de 2000). Tomado de L'OSSERVATORE ROMANO, 19 de enero de 2001

evangelizadora de la Iglesia no depende de cálculos humanos, sino de ser lo que es: Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu Santo. Ella no puede dejar de ser lo que es por vocación y por gracia, pero al tiempo está llamada a vivir responsablemente el don de la presencia que ha recibido; es decir, en la obediencia a la Palabra, en obediencia a la Verdad, reformando constantemente su vida a la luz del Evangelio. Así, la santidad subjetiva de los miembros de la Iglesia es siempre un elemento de fecundidad. Pero aunque tengamos que reconocer y corregir muchos pecados y reformar las costumbres y las acciones de este gran Cuerpo en el que hemos sido injertados, no parece que sea éste el problema fundamental de la evangelización hoy en nuestro país.

Lo que realmente observamos es un oscurecimiento de la presencia, de la visibilidad y, por tanto, del encuentro del hombre con Cristo. Es como si, para muchos de nuestros contemporáneos, el que tomó carne en el seno de María para ser tocado y oído y visto, ya no fuese palpable, audible y visible, como si ya no hubiese nadie con quien encontrarse fuera de los que son iguales.

Antes decía que la evangelización no es un problema de tácticas o cálculos, similares a los del marketing o a los de la propaganda política. Y quizá hayamos perdido grandes fuerzas en recorrer caminos que con el sello de garantía de estas estrategias nos prometían el éxito. Ante la dificultad presente, y seducidos por estas aparentes garantías, en muchos casos no hemos conseguido sino oscurecer el hecho determinante de donde surge la fe que es capaz de cambiar a un hombre y a una sociedad: la del encuentro con Cristo, con el Verbo hecho carne que sale al encuentro y dice: *“Sígueme”*. Hemos gastado demasiadas fuerzas en recorrer caminos que no son los de poner al hombre ante sí y ante Dios, para que decida conscientemente sobre sí mismo ante quien ya ha decidido sobre él abriendo sus brazos en la cruz. Y hemos gastado las ilusiones de muchos al ver que al final de estos caminos poco o nada queda.

Es claro que la encarnación de Cristo no es un dato aislado que sólo Simón o Andrés, Santiago o Juan pudieron experimentar. El Hijo de Dios que se encarnó para llamar a Leví o a Nicodemo, para curar al ciego de la puerta de Cafarnum o para perdonar a la pecadora pública, dio forma a la Iglesia para ser, en ella, inmediato a todo hombre. De ahí el envío: *“a todas las gentes”* (Mt 28,19), *“hasta los confines de la tierra”* (Hch 1,8). Y de ahí la promesa: *“Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”*.

Él está objetivamente presente y vivo en la Iglesia. Más que eso, hay una verdadera identificación entre Cristo y su Iglesia, como se percibe en la pregunta dirigida a Saulo: *“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”* (Hch 9,4). Pero si él está presente real y personalmente en su Iglesia, ¿cómo es que muchos no pueden encontrarse con el único capaz de responder a la pregunta de cómo vivir? Hemos de seguir y preguntarnos: Viviente en la Iglesia, ¿cómo llama Cristo a los hombres? ¿Cómo los llama ahora?

Yo diría que la llamada está hecha. Cristo no está constantemente pronunciando nuevas palabras. Más bien, él es la Palabra definitiva del Padre. Su palabra está ya pronunciada y lo que hace es resonar a lo largo de los siglos, sin perder intensidad ninguna. Lo cifraré en una frase: *“Cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí”*. Ese “cuando” indica un momento de la historia, que identificamos con la crucifixión y la resurrección. Todos los siglos miran al que fue elevado en la cruz y resucitado. Y la consecuencia inmediata es que la primera labor de la Iglesia es dar testimonio de esta Palabra, que tomó un cuerpo con el que morir y vencer. Sí, efectivamente, la Iglesia remite al pasado, a unos hechos históricos. Que estos hechos sean contemporáneos nuestros lo da el valor mismo de lo que entonces ocurrió. Ésta es la palabra de Cristo, el arado con que Dios abre el corazón del hombre, la semilla que introduce en su alma y el agua con que la riega. La fe nace de la predicación y ésta es el testimonio apostólico, lo que aquellos Doce tocaron y vieron: *“Quien lo vio da testimonio”* (Jn 19,35). El mismo san Pablo manifiesta que su fe nace no del encuentro en el camino de Damasco, sino de la cruz de Cristo, que él no vio: *“Mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí”* (Gal 2,20). La Iglesia no tiene otra cosa que ofrecer más que el testimonio de aquel que murió y resucitó: *“No tengo plata ni oro; lo que tengo, eso te doy: en nombre de Cristo nazareno, ponte a andar”* (Hch 3,6).

Ahora bien, el testimonio apostólico, testimonio de un hecho histórico, ¿cómo adquiere tal poder sanador? Para entender que la obra histórica del Redentor es universal, que la palabra dicha en la cruz y en la resurrección es la palabra que la Iglesia prolonga en el tiempo, es necesario entender que el Redentor es el Creador. O dicho de otra forma: el hombre ante quién la Iglesia levanta el testimonio del crucificado, fue creado por la misma Palabra que tuvo sus manos y sus pies apresadas en el madero. Más aún, *“Todo fue creado por él y para él”* (Col 1,16). La identidad y la relación de origen y

de fin que tiene el crucificado con el mundo y con el hombre es lo que hace que la noticia de su muerte y su resurrección no sea como cualquier otra noticia.

Lo determinante de esta noticia no es lo morboso de la muerte. Ninguno de los cuatro evangelistas se recrea en los detalles cruentos de la pasión. Tampoco lo espectacular de la resurrección o del cuerpo glorioso del resucitado. Lo determinante es lo que san Pablo ve en el hecho testificado que llega hasta él: *“me amó y se entregó por mí”*.

Aquí se da una paradoja que es necesario resaltar. Por un lado la fe nace ante un hecho histórico bien concreto, que tiene sus testigos oculares. Pero por otro, lo que la fe cree, lo que la fe ve, va mucho más allá de los hechos concretos. San Pablo ve en el testimonio de aquellos sucesos la prueba de un amor que será para él un nuevo principio en el orden del pensamiento y en el orden de la acción: *“Lo que era para mí ganancia, lo he juzgado pérdida...”* (Flp 3,7ss.). Está claro que san Pablo vio resplandecer este amor donde otros no veían más que la maldición de Dios. De hecho, hay para san Pablo un momento en que no ve, *“si conocimos a Cristo según la carne”*, y otro momento en que empieza a ver, *“pero ahora ya no lo conocemos así”* (2Cor 5,16). Nada tiene esto que ver, como algunos han dicho, con la pretendida división entre el Cristo histórico y el Cristo de la fe. Tiene que ver con que la fe es un don de Dios (*“Cuando Aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo”* -Gal 1,15-16-) y tiene que ver con que la fe no es una respuesta automática que el hombre está abocado a dar cuando Dios se revela en la historia. Los hechos y las palabras que en la historia entretejen la Revelación no son un camino que conduzcan al hombre a otorgar su fe de forma automática. La fe es un acto libre.

La clara visión de que el crucificado es la manifestación de quien ama con un amor más fuerte que la muerte es un don de Dios. Así se manifiesta con la oración de Ananías sobre Pablo ciego y la caída de las escamas (Cf. Hch 9,18). Y con esto hemos pasado casi de puntillas por el tercer elemento de la afirmación que nos proponíamos analizar. Pero si percibe este amor y lo convierte en el principio de ordenación de su vida, en principio de pensamiento y de acción, en principio de lo que espera para el futuro y de lo que ama en el presente, es porque ya antes amaba este amor, que abraza cuando se le revela.

El testimonio de la cruz que llegó hasta san Pablo, llegó hasta muchos. Pero es evidente que ni todos vieron en él lo que san Pablo fue capaz de ver, ni todos abrazaron

aquella visión de la forma con que lo hizo Pablo. No todos percibieron en aquel testimonio su verdadera ganancia, por la que todo lo valioso hasta entonces pasaba a ser considerado basura.

La fe es una respuesta a la revelación de Dios, nace ante el testimonio de la cruz y resurrección del Hijo de Dios hecho hombre. Si la fe es una respuesta a la revelación de Dios y ésta tiene como componente fundamental hechos objetivos, hechos históricos, ¿Por qué, puesta la revelación y siendo Cristo el destino del hombre, no se da siempre, ni igual, la respuesta de la fe? ¿Por qué ante el ofrecimiento más inaudito del amor divino no nace espontáneamente del hombre la respuesta de la fe? Más aún, ¿por qué parece que la fe nace de unos hombres espontáneamente y de otros lo que nace espontáneo es el rechazo o la indiferencia?

La respuesta es clara. En la revelación el hombre es libre ante Dios. Incluso en la plenitud de la revelación Dios sigue siendo trascendente y así posibilita la libertad del hombre al que llama, precisamente para introducirlo en un diálogo de amor eterno, el diálogo del Padre y el Hijo.

La fe no es el producto de una naturaleza que obra conforme a una ley necesaria, sino la respuesta de una persona. Su naturaleza la hace necesitada de Dios, pero su libertad, la hace libre de aceptar o rechazar su destino, capaz de detrimento o de incremento ante la oferta de la gracia: *“pero a cuantos la recibieron les dio poder de llegar a ser hijos de Dios”* (Jn 1,12). No es una naturaleza, que obra necesariamente, sino una persona, dueña de sí, que juzga los hechos de la revelación que se le presentan con un juicio que no está predeterminado a ver en ellos a Dios que la llama al amor y menos aún a rendirle el homenaje de la fe. *“El juicio está en que vino la luz al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz”* (Jn 3,19).

La libertad es un cierto principio de autodeterminación. Y la naturaleza parece ser un principio de determinación. Y digo “parece” porque su naturaleza, en realidad, es una naturaleza personal. El hombre concreto está orientado por su naturaleza, pero es un ser personal. Y por tanto, aunque podemos hablar de procesos que responden a la naturaleza, es decir que no son arbitrarios –lo que nos llevaría de cabeza al fideísmo–, no podemos hablar de procesos automáticos o necesarios en el nacimiento y progreso de la fe.

Cuando el testimonio apostólico llega al hombre concreto, éste siempre puede responder libremente. Y nada determina de forma absoluta su respuesta. No lo hace su

naturaleza, aunque él ha sido creado para llegar a ser hijo, y nada se adecua a su ser, sino la respuesta positiva de la fe. Tampoco lo determina su posición moral previa. Entendiendo por tal, toda una serie de elecciones previas de tipo fundamental que determinan la posición de un hombre en el mundo: lo que busca, lo que teme, lo que ama, lo que espera, lo que desea, lo que valora. A veces, esta “posición moral”, tiene poco que ver con lo que aparece a la vista de los otros y con la moralidad o inmoralidad de actos concretos. Pero lo llamo “moral” porque todos los deseos, búsquedas y amores que bullen en el fondo del alma humana son el resultado de una respuesta moral, libre, a la misma Palabra, que antes de llegar al hombre por el testimonio apostólico, lo ha llamado a su búsqueda y a su expectación, a través de la palabra que es su creación, en el deseo de él que ha dejado en su alma y en la voz de la conciencia, que identifica ese deseo con aquel que lo creó: *“Buscad mi rostro”* (Sal 27,8).

Así, aunque no está determinado, el hombre responde al testimonio apostólico no desde un estado neutro, sino desde esta posición que es ya consecución de su libertad ante Dios creador y providente. El hombre se forja en la respuesta al testimonio que Dios le ofrece de sí por su creación y providencia. Y dado este estado previo, se decide a sí mismo en la respuesta a la revelación sobrenatural por la que la Palabra que lo creó le sale al encuentro humanamente.

Teófilo de Antioquía expresó este principio que yo deseo poner en primer término de nuestra reflexión de otra forma: *“Si me dices “muéstrame a tu Dios”. Yo te replicaría “muéstrame a tu hombre y yo te mostraré a mi Dios”. En efecto, muéstrame que los ojos de tu alma ven y que los oídos de tu corazón escuchan”*.²

Para concluir: Cristo no es un absoluto desconocido cuando, por medio de la Iglesia, llega a cada persona, sino que, dependiendo de su posición moral previa, es reconocible por el alma como su bien propio y su perfección, buscado, esperado y amado. Por eso, ante Cristo, que se pone en manos de este hombre, la fe es un acto personal que decide sobre aquel que se le ofrece. Y en esta respuesta, en la elección última del objeto de su amor, este hombre emite un juicio definitivo sobre su propia persona.

² A *Autólico*; Ciudad Nueva (Fuentes Patristicas 16). Madrid 2004. Págs. 61-62.

La descripción hecha nos ofrece dos consecuencias respecto a la catequesis como forma del ministerio de la palabra que está al servicio de la fe. Siguiendo el orden que hemos llevado en la exposición, la primera es que ha de “enfrentar” a la persona con Cristo muerto y resucitado. La segunda es que ha de “enfrentar” a la persona consigo misma, o lo que es lo mismo, con la voz de la Palabra que lo creó y que, desde el principio, le reclama. Aunque el orden pedagógico de la catequesis no es el orden lógico que seguimos ahora.

Vayamos a la primera consecuencia, dándole una forma menos polémica: la catequesis ha de tener como centro a Cristo. No ha de importarnos parar en sus palabras, milagros y hechos, en su muerte y resurrección. A veces parece que no nos encontramos a gusto cuando hablamos sencilla y simplemente de Cristo, de Cristo sin más. Y nos vemos como forzados a hacer todo tipo de traslaciones de orden moral o simbólico al presente, como si la revelación fuera un símbolo o un mito que hay que descifrar, o un código moral expuesto en ejemplos. Pero no, el valor universal de la Revelación no radica en que sea un símbolo, sino justamente en lo contrario, en su singularidad única. Dios se revela en los hechos mismos y en las palabras mismas, en las que su Hijo se pone en manos de nuestra libertad. Cuando el Catecismo habla de que Cristo es el centro de la catequesis (Cf. CCE 426 ss.), muchos entienden que catequesis cristocéntrica es “sacar de Cristo toda la enseñanza”. Pero Cristo es, así considerado, un vehículo de revelación, no la revelación misma. No se le reconoce así como lo hace san Pablo: “*En Cristo habita corporalmente la plenitud de la divinidad*” (Col 2,9). Si convertimos a Cristo en un símbolo, la historia pierde su consistencia. El hombre concreto se ve privado del sentido de la historia. No sabrá nunca cuál es su origen ni su fin, ni que su vida presente determina su fin eterno. Todo viene concatenado: Cristo se convierte en un símbolo, se olvida el valor de la historia, el Antiguo Testamento sólo es válido parcialmente, se olvida el significado de la creación y se pierde de vista la escatología. Y el hombre está ya perdido en una nebulosa.

Hemos de perder el miedo a que la catequesis, por sistemática y orgánica que deba ser, sea un hablar de Jesús, un enseñar a relacionarse con él, a recibir sus dones, a obedecer sencillamente a su palabra, a responder humanamente a su amor. Toda la Revelación de Dios es un hablar de Cristo. No cabe escuchar una sola palabra del Antiguo o del Nuevo Testamento que no hable de él. Y la fe es respuesta a la Revelación. Y la catequesis está al servicio de esta respuesta de fe.

La segunda consecuencia es que la catequesis ha de enfrentar al hombre consigo mismo. Es decir, la catequesis ha de intentar que el hombre retome su historia hasta el momento presente en que Cristo le sale al paso. Ha de intentar que el hombre haga memoria de sí mismo, de sus actos libres ante su conciencia, de sus percepciones antiguas o no del misterio, de sus deseos, de sus búsquedas, arrojando luz sobre todas aquellas operaciones espirituales, que quizá la persona viva sin criterio ordenador. Y ha de sostener al hombre que se ha forjado después de tantos vaivenes en su búsqueda presente. En realidad más que enfrentar al hombre consigo mismo, habría que decir que hay que poner al hombre frente al Dios que conoce desde siempre, que le habla naturalmente en las cosas creadas y en su conciencia.

El oscurecimiento de la presencia de Cristo en la vida ordinaria de la Iglesia para muchos hombres nace de este oscurecimiento del propio corazón, de la propia conciencia, donde resuena la voz de Dios que manda buscar su rostro, donde se experimenta la necesidad de un amor perfecto, donde se percibe la huella del infinito y del eterno en cada ser finito y perecedero. Y es que “*Los ojos groseros no ven; los oídos duros no oyen*”³. Poner luz sobre este oscurecimiento del alma humana es, por eso, uno de los primeros servicios a la fe que debe afrontar la catequesis de iniciación.

La catequesis, y todo acto educativo, ha de poner al hombre ante sí mismo y ante Dios, despertarle del sueño de la inconsciencia y de las decisiones mecánicas y hacer que ante Dios tome las riendas de su vida y de su destino.

Este es el elemento que quería exponer a vuestra consideración y que temo que sólo haya esbozado: La necesidad de zarandear la razón humana hasta que tome conciencia de sí ante Dios.

Enrique Santayana Lozano

³ J. H. Newman; *Sermones Universitarios* (X). Encuentro. Madrid 1993. Pág. 249